



MANUEL CRUZ, *Amo, luego existo*, RBA Libros, Barcelona, 2024, 432 pp., ISBN: 978-84-9056-536-0.

Un amor no se puede contar: al comunicarlo, se
desdibuja o se volatiliza.

J. ORTEGA Y GASSET, *Estudios sobre el amor*

Amo, luego existo fue el título con el que Manuel Cruz dio a conocer una primera investigación sobre el amor en 2010. La frase, que de manera sugerente evocaba el cogito cartesiano, reivindicaba el amor como fundamento del ser e incluso de la filosofía, por lo que no es de extrañar que el autor, ya impreso el texto final, no pudiera dar por concluido el proyecto. Una década más tarde, una nueva edición del volumen ve la luz. En ella, el autor, contando ahora con dos nuevas perspectivas y una bibliografía de mayor extensión, se reencuentra con el incómodo silencio que sigue a la pregunta por el amor.

Como sugiere la cita de Ortega que encabeza esta reseña, hablar de la experiencia amorosa resulta difícil sino imposible. ¿Sucede lo mismo con el amor? Probablemente sí, pues no parece casualidad que sólo sepamos expresarlo o bien tomando rodeos, como los que encontramos en un enigmático poema, o incurriendo en una serie de tópicos y frases que, pese a aludir a la que es probablemente nuestra relación más íntima con otro ser, no podrían ser más impersonales y paradójicos. Cabe decir que, de manera ingeniosa, el autor ha escogido algunas de las más populares como título de los capítulos que conforman el volumen. Ahora bien, los aparentes límites del lenguaje no suponen un obstáculo infranqueable, ya que podemos considerar al amor como uno de esos términos que, a lo largo de la historia, han sido vaciados y revestidos acordes a su época. En el prólogo, Manuel Cruz menciona que una de las razones por las que su interés en la cuestión no decreció fue la sensación de que la concepción del amor y, en general, de las relaciones sociales estaba atravesando una serie de transformaciones que generaría nuevas realidades: la crítica al amor romántico (y con ella, a la incondicionalidad y el sacrificio por el otro) o la posible relación entre el consumismo y el cuestionamiento de la monogamia como norma no son fenómenos aislados.

Podemos intuir, pues, que partimos de la premisa de que la circunstancia de cada uno de los protagonistas del volumen habrá determinado, en gran medida, cómo vivieron y pensaron el amor. Si lo decimos con Nietzsche, “en el filósofo (...) nada, absolutamente nada es impersonal”¹, por lo que aquí no hablamos sólo de la época, sino también de las relaciones afectivas e incluso de las lecturas con las que se educaron. En relación con esto último, es oportuno mencionar que el autor incluye un breve comentario sobre las historias de amor y lo que en ellas hay de ficción y realidad en el epílogo. El volumen reúne a los siguientes personajes: Platón, San Agustín,

¹ FRIEDRICH NIETZSCHE, “Los prejuicios de los filósofos”, en *Más allá del bien y del mal*. ed. por Andrés Sánchez Pascual, Alianza Editorial, Madrid, 2012, p. 28.



Abelardo y Eloísa, Spinoza, Nietzsche y Lou Andreas-Salomé, Freud, Ortega, Sartre y Simone de Beauvoir, Hannah Arendt y Foucault. De ellos, el autor realiza lo que podríamos llamar un análisis biográfico-conceptual, método que supone un riesgo; de manera similar a Foucault, que se preguntaba si era el sujeto el que tenía experiencias o si eran las experiencias las que lo constituían, uno podría dudar de si la experiencia amorosa de este u otro filósofo pudo haber servido como fundamento de su propuesta o si fue fruto de ella. ¿Queda resuelta esta ambigüedad en alguno de los capítulos? Bueno, casos como el de Nietzsche y Lou Andreas-Salomé o el de Sartre y Simone de Beauvoir ejemplifican lo que supone vivir de acuerdo con un esquema filosófico que, al aplicarlo en el terreno afectivo, pudo no resultar satisfactorio; mientras que, por otra parte, casos como el de Freud, que defendía una sexualidad liberal aun viviendo de manera más bien conservadora, nos impiden asumir una coherencia inequívoca entre las ideas y la vida personal de cada uno. Ciertamente, hay capítulos que se prestan más a esta confusión; autores como San Agustín, para el que el amor fue un concepto clave, o Spinoza, cuya ética privilegiaba los afectos, parecen ponernos las cosas más fáciles que otros como Hannah Arendt, que apenas le dedicó un par de líneas, o Foucault, en cuya obra la sexualidad eclipsa al amor.

Recordemos el título de la obra reseñada y démonos cuenta de que la pregunta por el amor no puede formularse únicamente como “¿Qué es el amor?”. En primer lugar, el amor, en la medida que es una experiencia, necesita un sujeto (y un objeto, del que más tarde habremos de encargarnos también). Podríamos incluso ser más precisos, pues, como señala Ortega, tampoco es lo mismo enamoramiento que amor. Como vemos, la situación empieza a volverse compleja en el momento en que nos percatamos de que “según se es, así se ama”², pues nos encontramos ante una pregunta que afecta a nuestra existencia, y, consecuentemente, a lo que podríamos llamar identidad, a la forma en que nos revelamos y vivimos esa existencia. Del problema del amor, se deslizan otros como el del dominio de las pasiones, el deseo de posesión, la conservación de la libertad o la disolución del yo. No hablamos solo de nuestra relación con el otro, el objeto del afecto, sino también de quién soy yo cuando amo, de en qué me convierto cuando acepto mis sentimientos por el otro y, en términos de Nietzsche, hasta qué punto estoy dispuesto a renunciar a mi autenticidad por tal experiencia. Teniendo esto en cuenta, diríamos que Manuel Cruz ha acertado al cuestionar la funcionalidad del amor en la actualidad, al requerir éste de una generosidad e incondicionalidad que difícilmente encajan en una sociedad orientada a las ganancias. Ahora bien, también cabría preguntarse si, en algún momento de la historia, el amor ha sido funcional más allá de su institucionalización. A modo de síntesis, diríamos que el amor mantiene fuertes vínculos con las pasiones, el conocimiento y el hacer y ser del amante, así como éstos desembocan a su vez en la culpa, las ilusiones o el egoísmo. Dicho esto, parece que, pese a mantenerse cada autor en su marco histórico, existe un diálogo ininterrumpido a lo largo del libro.

Platón y la búsqueda de la vida humana en su totalidad (e incluso de la inmortalidad) a través del amor inauguran el volumen. Tanto en el *Banquete* como en el *Fedro*, el amor aparece vinculado al deseo y la posesión del otro, aunque, conforme subimos la escalera de Diotima, nos encontraremos más cerca de la belleza y, en sí, del conocimiento. No sería exagerado afirmar que en la propuesta platónica, aun considerando acertada la crítica de Vlastos de que Platón descuida los afectos interpersonales, encontramos discutidos prácticamente todos los elementos que parecen componer el concepto del amor. Esta continuidad la podremos percibir, por

² JOSÉ ORTEGA Y GASSET, “Para una psicología del hombre interesante”, en *Estudios sobre el amor*, Alianza Editorial, Madrid, 2001, p. 68.

ejemplo, en Spinoza, quien distinguió entre amor y deseo e investigó la naturaleza del amor como alegría y forma de satisfacer las necesidades personales, y en Freud, quien tomó un camino similar, señalando la estrecha relación entre el problema del amor y el problema del yo, así como su carácter ilusorio. Ahora bien, habiéndonos permitido este pequeño salto, no podemos obviar el impacto de las nuevas creencias que el cristianismo trajo a Occidente; siendo producto de ellas, la culpa. No sorprende que el capítulo dedicado a San Agustín explore sus *Confesiones*, en las que la voluntad de abandonar una vida hedonista flaquea en numerosas ocasiones pese al sentimiento de culpa; sin embargo, esta noción reaparecerá a lo largo del volumen, pues ella y el deseo van de la mano. Sorprende el trato que recibe en la historia de Abelardo y Eloísa, que no se muestran verdaderamente arrepentidos por su conducta, o, dando otro salto, el que recibe en una anécdota del capítulo dedicado a Sartre, teórico de la mala fe para el que la mentira no fue motivo de culpabilidad en su vida privada. Cabe comentar que, además de la culpa, otras ideas asociadas al cristianismo en Occidente, como la tentación o la caridad, son también objeto de estudio. En concreto, la idea de tentación es desarrollada tomando como pretexto la relación que mantuvieron Nietzsche y Lou Andreas-Salomé; esta pareja, temporalmente cercana a Freud, sirve al autor para introducir el problema de la autenticidad y, podríamos decir en términos generales, el problema de la individualidad y el egoísmo como impedimentos para el amor. Este conflicto, estrechamente relacionado con la libertad individual, nos lleva a los casos de Sartre, Simone de Beauvoir y Hannah Arendt. Los primeros, que entendían el amor como un deseo de poseer la libertad del otro, pero vivieron de acuerdo con su distinción entre amores necesarios y contingentes, evitaron lo que Hannah Arendt temía: la disolución de la identidad propia como consecuencia de la unión entre dos seres. Curiosamente, Hannah Arendt definió el amor como apolítico y antipolítico, lo que pudo haber sorprendido a pensadores posteriores como Foucault, cuya obra coloca la sexualidad en una posición central de la historia política.

En definitiva, *Amo, luego existo* compromete al lector a una investigación continuada, pues, como concluye Manuel Cruz en el epílogo, aunque nuestra defensa del amor no sea tan sólida como nos gustaría, pocas personas estarían dispuestas a dejar de amar.

Eric Jiayu Martos García